



EL COCINERO

DE

SU MAJESTAD

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE III)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID
LIBRERÍA DE F. FE
PUERTA DEL SOL, 15
1907

ES PROPIEDAD.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.—Teléfono 1.977.

[La ortografía del original no fue corregida ni actualizada. (Nota del transcriptor.)]

INDICE

TOMO PRIMERO

- I De lo que aconteció á un sobrino por no encontrar á tiempo á su tío
- II Interioridades reales
- III En que se demuestra lo perjudiciales que son los lugares oscuros en los palacios reales
- IV Enredo sobre maraña
- V ¡Sin dinero y sin camisas!
- VI Por qué el tío daba de comer de aquella manera al sobrino
- VII Los negocios del cocinero del rey.—De cómo la condesa de Lemos había acertado hasta cierto punto al calumniar á la reina
- VIII De cómo al señor Francisco le pareció su sobrino un gigante
- IX Lo que hablaron Lerma y Quevedo
- X De cómo don Francisco de Quevedo encontró en una nueva aventura, el hilo de un enredo endiabrado
- XI En que se sabe quién era la dama misteriosa
- XII Lo que hablaron la reina y su menina favorita
- XIII El rey y la reina
- XIV Del encuentro que tuvo en el alcázar don Francisco de Quevedo, y de lo que averiguó por este

encuentro acerca de las cosas de palacio, con otros particulares

- [XV](#) De lo que vieron y oyeron desde su acechadero Quevedo y el bufón del rey
- [XVI](#) El confesor del rey
- [XVII](#) En que empieza el segundo acto de nuestro drama
- [XVIII](#) De cómo entre unos y otros no dejaron parar en toda la mañana al cocinero de su majestad
- [XIX](#) El tío Manolillo
- [XX](#) De cómo el tío Manolillo hizo que doña Clara Soldevilla pensase mucho y acabase por tener celos
- [XXI](#) En que continúan los trabajos del cocinero mayor
- [XXII](#) De cómo en tiempo de Felipe III se conspiraba hasta en los conventos de monjas
- [XXIII](#) En la hostería del Ciervo Azul, y luego en la calle
- [XXIV](#) De lo que quiso hacer el cocinero de su majestad, de lo que no hizo y de lo que hizo al fin
- [XXV](#) De cómo los sucesos se iban enredando hasta el punto de aturdir al inquisidor general
- [XXVI](#) De lo que oyó el tío Manolillo sin que pudiera evitarlo el confesor del rey
- [XXVII](#) En que se ve que el cocinero mayor no había acabado aún su faena en aquel día
- [XXVIII](#) De los conocimientos que hizo Juan Montaña, acompañando a la Dorotea
- [XXIX](#) De cómo Juan Montaña, con mucho susto de la Dorotea, se dio a conocer entre los cómicos
- [XXX](#) De cómo hizo sus pruebas de valiente por ante la gente brava, Juan Montaña
- [XXXI](#) De cómo engañó a Dorotea para llevarla a palacio el tío Manolillo
- [XXXII](#) Continúan los antecedentes
- [XXXIII](#) El suplicio de Tántalo

TOMO SEGUNDO

- [XXXIV](#) En que se explicará algo de lo obscuro del capítulo anterior, y se verá cómo doña Clara encontró un pretexto para favorecer el amor de Juan Montaña, a pesar de todos los pesares
- [XXXV](#) De cómo Quevedo, sin decir nada al rey, le hizo creer que le había dicho mucho
- [XXXVI](#) De cómo el padre Aliaga puso de nuevo su corazón y la virtud a prueba
- [XXXVII](#) De cómo el diablo iba enredando cada vez más los sucesos
- [XXXVIII](#) De lo que vio y de lo que no vio el tío Manolillo siguiendo a los que seguían al cocinero mayor
- [XXXIX](#) De cómo Quevedo conoció prácticamente la verdad del refrán: el que espera desespera
 - [XL](#) De cómo el noble bastardo se creyó presa de un sueño
 - [XLI](#) De cómo Quevedo se quedó a su vez sin entender al rey
 - [XLII](#) De cómo don Juan Téllez Girón se encontró más vivo que nunca cuando más pensaba en morir
 - [XLIII](#) Continúan los trabajos del cocinero mayor
 - [XLIV](#) Lo que se puede hacer en dos horas con mucho dinero
 - [XLV](#) En que el autor presenta, porque no ha podido presentarle antes, un nuevo personaje

- XLVI De cómo la Providencia empezaba á castigar á los bribones
- XLVII De lo perjudicial que puede ser la etiqueta de palacio en algunas ocasiones
- XLVIII De cómo muchas veces los hombres no reparan en el crimen aunque sus vestigios sean patentes
- XLIX De cómo la duquesa de Gandía tuvo un susto mucho mayor del que le habían dado Los miedos de San Antón
 - L De cómo don Francisco de Quevedo quiso dar punto á uno de sus asuntos
 - LI En que encontramos de nuevo al héroe de nuestro cuento
 - LII De cómo empezó á ser otro el cocinero mayor
 - LIII En que se deja ver en claro el bufón del rey
 - LIV Cómo saben mentir las mujeres
 - LV Quevedo visto por uno de sus lados
 - LVI En que el autor retrocede para contar lo que no ha contado antes
 - LVII Amor de madre
 - LVIII Las audiencias particulares del duque de Lerma
 - LIX De cómo Dorotea era más para con el duque, que el duque para con el rey
 - LX Lo que hace por su amor una mujer
 - LXI De cómo le salió á Quevedo al revés de lo que pensaba
 - LXII De cómo el duque de Lerma se encontró más desorientado que nunca
 - LXIII De cómo el duque de Lerma vió al bufón de su majestad extenderse, crear, tocar las nubes, etc.
 - LXIV De cómo Quevedo buscó en vano la causa de su prisión, y de cómo cuando se lo dijeron se creyó más preso que nunca
 - LXV De cómo el tío Manolillo no había dado su obra por concluida
 - LXVI El padre y el hijo
 - LXVII De cómo el licenciado Sarmiento hizo bueno una vez más el proverbio que dice: no es tan fiero el león como la pintan, y de cómo todas las pulgas se van al perro flaco,
 - LXVIII De cómo se agravó la demencia del cocinero mayor, y acabó por creerse asesino del sargento mayor
 - LXIX En que continúan las desventuras del cocinero mayor, y se ve que la fatalidad le había tomado por su instrumento
 - LXX En que se ennegrece gravemente al carácter del tío Manolillo
 - LXXI De cómo Quevedo dejó de ser preso por la justicia para ser preso por el amor
 - LXXII De cómo el duque de Lerma encontró á tiempo un amigo
 - LXXIII En que el duque de Lerma continúa representando su papel de esclavo
 - LXXIV Lo que hizo Dorotea por don Juan
 - LXXV El sol tras la tormenta

- LXXXVI** De cómo el cocinero mayor conoció con despecho que no se habían acabado para él las angustias
- LXXXVII** En que se ennegrece á su vez el carácter de Dorotea
- LXXXVIII** En que se siguen relatando los estupendos acontecimientos de esta verídica historia
- LXXXIX** Del medio extraño de que se valió Quevedo para soltarse de la prisión en que la había puesto el amor de la condesa de Lemos
- LXXX** De cómo el interés ajeno influyó en la situación de Quevedo
- LXXXI** De cómo Quevedo se asusta más de saber que don Juan está en libertad, que si hubiera sabido que estaba preso
- LXXXII** En que el tío Manolillo sigue sirviendo de una negra manera á Dorotea
- LXXXIII** En que se ve que el bufón y Dorotea habían acabado de perder el juicio
- LXXXIV** En lo que vinieron á parar los amores de Dorotea y de don Juan
- LXXXV** El autor declara que ha concluído, y ata algunos cabos para que no queden sueltos

CAPÍTULO PRIMERO

DE LO QUE ACONTECIÓ Á UN SOBRINO POR NO ENCONTRAR Á TIEMPO Á SU TÍO



punto que el sol transponía en una nublada y lluviosa tarde de invierno, atravesaba la famosa puente Segoviana, en dirección ya próximo Madrid, un cuartago enorme que llevaba sobre su afilado lomo una silla de monstruosas dimensiones, y sobre la silla, un jinete en cuyo bulto sólo se veían un sombrero gacho de color gris, calado hasta las cejas, una capa parda rebozada hasta el sombrero, y dos robustas piernas cubiertas por unas botas de gamuza de su color, además del extremo de una larga espada, que asomaba al costado izquierdo bajo la plegadura de la capa.

El caballo llevaba la cabeza baja y las orejas caídas, y el jinete encorvado el cuerpo, como replegado en sí mismo, y la ancha ala del sombrero doblada y empapada por la lluvia que venía de través impulsada por un fuerte viento Norte.

Afortunadamente para el amor propio del jinete, nadie había en el puente que pudiera reparar en la extraña catadura de su caballo, ni en su paso lento y trabajoso, ni en su acompasado cojear de la mano derecha: la lluvia y el frío habían alejado los vagos y los pillastres, concurrentes asiduamente en otras ocasiones a los juegos de bolos y a las palestrillas de la Tela; las lavanderas habían abandonado el río, que, dejando de ser por un momento el humilde y lloroso Manzanares de ordinario, arrastraba con estruendo las turbias olas de su crecida, y en razón a la soledad, estaban cerradas las puertas de las tabernillas y figones situados a la entrada y a la salida del puente.

Nuestro jinete, pues, atravesaba a salvo, protegido por el temporal, una de las entradas más concurridas de la corte en otras ocasiones, y decimos a salvo, porque el aspecto de su caballo hubiera arrancado más de una y más de tres desvergonzadas pullas a la gente *non sancta*, concurrente cotidianamente aquellos lugares.

Era el tal bicho (no podemos resistir a la tentación de describirle), una especie de colosal armazón de huesos que se dejaban apreciar y contar bajo una piel raída en partes, encallecida en otras, de color indefinible entre negro y gris, desprovista de cola y de crines, peladas las orejas, torcidas las patas, largo y estrecho el cuerpo, y larguísimo y árido el cuello, a cuyo extremo se balanceaba una cabeza afilada de figura de martillo, y en la que se descubría a tiro de ballesta la expresión dolorosa de la vejez resignada a un infortunio.

Representaos seis cañas viejas casi de igual longitud, componiendo un pescuezo, un cuerpo y cuatro patas, y tendréis una idea muy aproximada de nuestro bucéfalo que allí en sus tiempos, veinte años antes, debió ser un excelente bicho, atendidas su

descomunal alzada y otras cualidades fisiológicas que á duras penas podían deducirse por lo que quedaba á aquella ruina viviente, á aquella especie de espectro, á aquella víctima de la tiranía humana que así explota la existencia y los elementos productores de los seres á quienes domina.



Desesperábase el jinete con la lenta marcha...

Desesperábase el jinete con la lenta marcha de su cabalgadura, con su cojear y con su abatimiento, y de vez en cuando pronunciaba una palabra impaciente, y arrojaba un inhumano espeluzo al jaco, que, al sentir la punta, se paraba, se estremecía, lanzaba como protesta un gemido lastimero, y luego, como sacando fuerzas de flaqueza, emprendía una especie de trotecillo, verdadero atrevimiento de lavez, que duraba algunos pasos, viniendo á parar en la marcha lenta y difícil de antes, y en el acompasado y marcadísimo cojeo.

No sabemos á quién debía tenerse más lástima: si al caballo que llevaba aquel jinete ó al jinete que era llevado por el caballo.

El aspecto que presentaba entonces Madrid desde el puente de Segovia, poco más ó menos, semejante al que presenta hoy, no era lo más á propósito para dar una idea de la extensión y de la importancia de la corte de las Españas; véanse únicamente dos

colinas orladas por unos viejos muros, con algunas torres chatas, y sobre estas torres y estos muros, á la derecha el convento y las Vistillas de San Francisco; á la izquierda el alcázar y el cubo de la Almudena, y entre estas dos colinas el arrabal y la calle y puerta de Segovia, viéndose además hacia la izquierda y debajo del alcázar el portillo y la puerta de la Vega.

Añádase á esta vista pobre y árida, lo escabroso y desigual del espacio comprendido entre el puente de Segovia y los muros; los muladares, las zanjas y las hondonadas de aquel terreno formado por escombros; la luz triste que se desplomaba de un celaje de color de plomo sobre todo aquello, y se tendrá una idea de la impresión triste y desfavorable que debió causar la vista de Madrid en el viajero, que á todas luces iba por primera vez á la corte, en vista de la irresolución de que dió marcadas muestras acerca de la dirección que debía seguir para entrar en la villa, cuando ya fuera del puente, se encontró cerca de los muros.

Fijóse, al fin, decididamente su vista en el alcázar y luego en la puerta de la Vega, revolvió su caballo hacia la izquierda, y acometió la ardua empresa de salvar las escabrosidades y la pendiente de la agria cuesta.

Al fin, aquí tropiezo, allá me paro, acullá vacilo, el anciano jaco logró pasar la puerta de la Vega; enderezóse un tanto, animado, sin duda, por el olor de las cercanas caballerizas reales, y acaso por resultado de ese amor propio de que continuamente dan claras muestras de no estar desprovistos los animales, disimuló cuanto pudo su cojera, y siguió sosteniendo un laudable esfuerzo en un mediano paso, adelantando por la plazuela del Postigo y la calle de Pomar, hasta un arco que daba entrada á las caballerizas del rey, y donde, mal de su grado, hubo de detenerse el forastero, á la voz de un centinela tudesco que le atajó el paso.

—Y dígame usted, señor soldado—dijo con impaciencia el jinete—, ¿por qué no puedo seguir adelante?

—Ser estas las capayerisas de su majestad—contestó el centinela.

—Y dígame usted, ¿no puedo ir por otra parte al alcázar?

—Foste ir por donde quiera, mas yo non dejar basar por aquí ese caballo.

—¿Me impedirán de igual modo que este caballo pase por las otras entradas del alcázar?

—Mi non saperr eso.

Y el centinela se puso á pasear á lo largo del arco.

—¡Y á dónde diablos voy yo!—dijo hablando consigo mismo el jinete—: mi tío vive en el alcázar, necesito verle al momento... y ¿dónde dejo á este pobre viejo?

Indudablemente, lo que sobrar  en Madrid serán mesones;  pero qui nse atreve? Con la jornada que trae en el cuerpo el pobre *Cascabel*, sería cosa de no concluir   las  nimas y luego sindinero:  eh!  se or soldado!  se or soldado!

Volvióse flem ticamente el tudesco mientras el jinete echaba pie   tierra.

— Quer is hacerme la merced de cuidar de que nadie quite este caballo de esta reja   donde voy   atarle mientras yo vuelvo?

—Mi non entender de eso—contestó el soldado—, volviendo   su paseo.

—Como no sea que le roben para hacer botones de los huesos—dijo una voz chillona   espaldas del jinete, no s  quién quiera exponerse   ir   galeras por semejante cosa...ni la piel aprovecha:  le tra is para las yeguas del rey, amigo?

Volvióse el forastero con cólera al sitio donde habían sido pronunciadas estas palabras con una marcada insolencia, y vi  ante sí un hombrecillo, con la librea de palafrenero del rey.

—Si lo que tenéis de desvergonzado, lo tuvi rais de cuerpo, bergante—dijo todo hosco el forastero echando pie   tierra—, me alegraría mucho.

— Y por qué os alegrar ais, amigo?

— Por qué? Porque habría donde sentaros la mano.

—Paréceme que serv s vos tanto para zurrarme   mí como vuestro caballo para correr liebres—dijo el palafrenero con ese descaro peculiar de la canalla palaciega.

—Si mi caballo no sirve para correr liebres, s r volo yo para hacerlos dar una carrera en pelo—contestó el incógnito, que aún permanecía embozado—, y sin decir una palabra más se fué para el palafrenero con tal talante, que   se retrocedió asustado hacia una puerta inmediata,   tiempo que salían de ella dos hombres al parecer principales, contra uno de los que tropezó violentamente el que huía.

El tropezado empuj  vigorosamente al palafrenero, que fué   dar en medio del arroyo, y apenas se rehizo se quitó el sombrero y se quedó temblando   inmóvil, entre los caballeros que salían y el forastero.

Mir  el caballero tropezado alternativamente al palafrenero, al incógnito y   su caballo; comprendió por lo amenazador de la actitud del jinete que se trataba de alguna pendencia cortada,   por mejor decir, suspendida por su aparición, y dijo con acento severo y lleno de autoridad:

— Que significa esto?

—Señor, este mal hombre quería pegarme porque me hereído de su caballo—contestó el palafrenero.

—Yo no extraño que se rían de este animal—dijo el embozado—;lo que extraño es que se atrevan á insultarme, á mí,que ni soy manco ni viejo.

—En cuanto á lo de viejo, no puedo hablar porque no seos ve el rostro—dijo el al parecer caballero—; en cuanto ási sois ó no manco, paréceme que si tenéis buenas las manos,tenéis manca la cortesía.

—¡Eh! ¿qué decís?

—Digo, que para tener de tal modo calado el sombrero ysubido el embozo cuando yo os hablo, debéis ser muchapersona.

—De hidalgo á hidalgo, sólo al rey cedo.

—Os habla el conde de Olivares, caballero mayor delrey—dijo el otro caballero que hasta entonces no había hablado.

—¡Ah! Perdona vucencia, señor—dijo el incógnito desembozándosey descubriéndose—, es la primera vez quevengo á la corte.

Al descubrirse el jinete dejó ver que era un joven comode veinticuatro años, blanco, rubio, buen mozo y de fisonomíafranca y noble, á que daban realce dos hermosos y expresivosojos negros.

—¡Ah! ¿Acabáis de venir?—dijo el conde de Olivares prevenidoen favor del joven—. ¿Y á qué diablos os venís áentrar con ese caballo por las caballerizas del alcázar? Ensus tiempos debe de haber sido mucho...

—Cosas ha hecho este caballo y en peligros se ha vistoque honrarían á cualquiera, y si porque es viejo lo desprecianlos demás, yo, que le aprecio porque le apreciaba mipadre...

—¿Y quién es vuestro padre?

—Mi padre era...

—Bien; pero su nombre...

—Jerónimo Martínez Montaña, capitán de los ejércitos de sumajestad.

—Yo conozco ese apellido y creo que le estoy oyendonombrar todos los días; ¿no recordáis vos, Uceda?

—¡Bah! Ese apellido es el del cocinero mayor de su majestad.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

